

JEZZ BURNING

*Conspiración
en la noche*



TERCIOPELO

Conspiración en la noche



Conspiración en la noche

Jezz Burning



TERCIOPELO

© Jezz Burning, 2009

Primera edición: abril de 2010

© de esta edición: Libros del Atril, S.L.

Marquès de l'Argentera, 17. Pral.

08003 Barcelona

info@terciopelo.net

www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.

Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1

Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92.617-33-3

Depósito legal: M. 7.531-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedicatorias

*E*sta vez quiero empezar agradeciendo a Christer Aronsson la inestimable ayuda que me ha prestado en cuanto al conocimiento de Estocolmo en todos los ámbitos. Gracias «Sueco», tienes un corazón que no te cabe en el pecho y algo que nada tiene que ver con tu estatura pero que te hace muy grande.

Seguidamente, a Isabel Gordo Palmero. Siempre estás ahí cuando te necesito, amiga. No cambies nunca.

A esas increíbles mujeres que componen «La lobera» los viernes por noche. Amigas en el mayor ámbito de la palabra, casi hermanas. Siempre os tengo en el pensamiento.

También a mis compañeras escritoras de novela romántica que componen Adarde (Asociación de Autoras Románticas de España). Sois todas maravillosas y únicas.

Cómo no a mi familia, a la que quiero con toda mi alma. Y, por supuesto, como siempre a mis lectores.

Jezz Burning
<http://jezzburning.com>

*L*a libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

MIGUEL DE CERVANTES
El Quijote, (II, 58)

Prólogo

- Sistema activado.
- » Penetrando en el hemisferio izquierdo.
 - » Penetrando en el área de control perceptivo.
 - » Localización de almacenamiento de datos.
 - » Inicio de la función de sustracción. Proceso al veinticinco por ciento..., cincuenta..., setenta y cinco... Función finalizada.
 - » Preparación de la inserción de nuevos datos...
 - » Insertando... Proceso terminado.
 - » Penetrando en el hemisferio derecho...
 - » Localización de nueva área de recepción de datos sustraídos.
 - » Sistema de reinserción activado.
 - » Inicio de la función de almacenamiento de datos.
 - » Insertando. Proceso al cuarenta por ciento..., sesenta... Proceso terminado.
 - » Retirando instrumental.
 - » Constantes vitales de la paciente, estabilizados: ritmo cardíaco moderado y regular, respiración normal.
 - » Desactivando sistema.

El Sistema Invasivo Neuronal, o SIN, había realizado un buen trabajo. Sus ojos cansados observaron cómo, con movimientos fluidos, controlados mecánicamente, aquel inmenso chisme regresaba a su posición de descanso y se iban apagando cada uno de los pequeños diodos LED que parpadeaban hasta ese momento. Sólo existían dos en todo el mundo y ambos habían sido diseñados y creados por su raza. Un departamento

entero del centro de investigación se dedicaba únicamente al desarrollo y mejora del modelo original. El otro ejemplar, se erguía ante sus ojos.

La idea que motivó a su creador fue conseguir algo con lo que modificar la memoria de los humanos que habían tenido un contacto directo con los licántropos. De sobras era sabido que sus patrones mentales eran mucho más simples. Sólo cuando el modelo de prueba fue construido se pensó en un gran y serio abanico de posibilidades para la aplicación militar de su raza.

Hacía años que no realizaba en persona ninguna intervención y sólo se dedicaba al control desde la zona acristalada superior. Pero ésta era especial, sentado a varios metros, frente al panel de control, para no estorbar el movimiento de la máquina, había logrado echar al par de operarios que apoyaban al técnico en su función, siendo el único para manejarla. Si no fuera por la camilla y el potente foco que iluminaba el cuerpo que descansaba sobre ella, así como la presencia del SIN, aquella sala hubiera podido confundirse con cualquier celda de reclusión de un manicomio.

Cuando recibió la orden de efectuar la intrusión en el cerebro de la hembra, se había negado rotundamente. El procedimiento aún estaba en experimentación, no era del todo seguro. Podían haberse dado miles de situaciones críticas en las que sin duda alguna, ella hubiera perdido la vida o, quizá, terminado en estado vegetativo.

Y aún no estaba fuera de peligro, tendrían que pasar varios días hasta saber si había sufrido alguna merma tanto en su actividad cerebral como física.

La conocía, como a tantos otros. No existían tantas Puras como para pasar desapercibida. Pocas nacían y menos aún llegaban a la edad adulta. Pero además, aquella hembra en particular era especial.

Nacida de dos originales, Selenia era, dentro de su rango, de las más fuertes, ya que no podía existir un ser nacido entre dos Puros. Precisamente esto fue lo que alegó en contra de aquella práctica cuando recibió la orden. Las hembras puras escaseaban y sólo ellas tenían el poder de concebir un Dominante, en el raro caso de que decidiera aparearse con un Original y los dio-

ses concedieran su beneplácito, algo que ocurría una vez cada varios siglos. Y nunca los antiguos escritos hablaron de una Dominante hembra.

Otro de los inconvenientes de la maldición: a mayor pureza, menor posibilidad de reproducción. Ése era, y no otro, el motivo por el que las pocas Puras que existían decidieran probar suerte con licántropos de rango inferior, prefiriendo a los Híbridos para emparejarse. No obstante, esto tampoco proporcionaba la seguridad de la concepción, aunque sí un mayor porcentaje de éxito.

Como licántropos de increíble fuerza y capacidad para soportar el dolor, las Puras que dejaban de lado su instinto de reproducción solían formar parte de grupos de seguridad que velaban por el buen funcionamiento del sistema, cuidando de mantener el orden entre las diferentes manadas. El propio Consejo controlaba su nacimiento y guiaba su formación para asegurarse que en el futuro, al alcanzar la madurez, fueran situadas en los diferentes departamentos para los que demostraban más aptitudes.

Según su expediente, así fue como Selenia, finalizada su instrucción en Sicilia, su tierra natal, fue trasladada hasta el centro neurálgico de la raza, en Estocolmo. Gracias a su inteligencia despierta y la superioridad que manifestaba en técnicas de combate, terminó liderando un grupo de elite en muy poco tiempo, que cuidaba de la seguridad en las más altas esferas del Consejo.

Recordaba perfectamente cuándo la vio por primera vez, hacía unos tres meses, recién llegada. Apenas sí llevaba acomodada en el complejo un par de días y ya caminaba por las instalaciones con el aplomo del más veterano.

Su figura sinuosa, el largo pelo azabache hasta las caderas y su rostro en el que resaltaban, bajo el flequillo, el profundo color negro de unos ojos que brillaban como dos esferas ardientes así como unos voluptuosos labios muy sugerentes que despertaban el deseo de los machos y los celos en las hembras. No existía un punto intermedio cuando se trataba de lo que Selenia provocaba; admiración o envidia.

Incluso en aquel momento, mientras la miraba reposar inconsciente sobre la mesa de operaciones, su aspecto demostra-

ba una sensual tendencia a la arrogancia. Pero no en el sentido negativo de la palabra; Selenia sabía perfectamente dónde estaban sus limitaciones. Aunque, hasta el momento, no se le conocía ninguna.

Su forma de tratarlo jamás reveló que le interesara más allá de una buena amistad, sin embargo, para él seguía siendo difícil, igual que para muchos, no pensar en ella como en la licántropo idónea con la que formar una pareja. Por eso, en aquel momento la preocupación por su bienestar conseguía que no pudiera pensar en nada más. Desde el día en que se conocieron supo que jamás podría negarle nada y ella contaba con eso. Fue a él a quien eligieron para ayudarla y jamás tomaba una decisión sin estudiarla concienzudamente. «No le fallaría», pensó mientras apretaba con fuerza el teléfono móvil que le había proporcionado una hora antes.

Capítulo uno

Estocolmo. Veinticuatro horas después.

Antes de abrir los ojos supo que aún era de día. Los rayos del sol tardío entraban por alguna parte, dándole directamente en la cara. Sentía la suave calidez de su caricia y durante unos segundos observó el tono rojizo del interior de los párpados. En ese mismo momento el dolor hizo su aparición, atravesándole la cabeza de punta a punta, de atrás hacia delante, consiguiendo que deseara volver a estar dormida.

Se concentró, enfocando todo su poder sobre él, tomándolo como el enemigo al que le enseñaron a vencer, reduciéndolo hasta eliminarlo. ¡Bien!, siempre había sido buena en eso.

Otro tema era el caos que existía en su mente.

Abrió los ojos.

El techo metálico y ondulado fue la primera imagen que recibió. Moviendo los globos oculares su campo de visión se amplió. ¿Una furgoneta? ¿Qué demonios hacía en una furgoneta?

Su mirada voló hacia sí misma. ¡Gracias a Dios estaba vestida!

Generalmente recordaba sus correrías después de haber pasado horas en su forma animal, pero debía reconocer que otras veces... Otras veces simplemente no tenía ni idea de lo que había estado haciendo.

En alguna ocasión despertó incluso en medio de situaciones algo comprometidas. Pero era una hembra de recursos y siempre salía airosa.

Aunque aquella, desde luego, no era su ropa. Lo peor es que tampoco logró recordar cómo se había hecho con ella. No reconocía el vaquero, la camisa ni la cazadora con la que iba vestida, aunque indudablemente eran de su talla, al igual que las botas de caña alta y tacón grueso que calzaba.

Todo estaba muy bien pero ¿cómo había llegado hasta allí? Buscó en su mente. De nuevo sintió como si su cerebro fuera atravesado por un fino hilo de acero que le hizo apretar los dientes. Ignorándolo, siguió en la búsqueda de respuestas.

¿Qué había hecho en los últimos días? ¿O eran semanas?

Lo primero que acudió a su mente fue la noche que pasara con Bjorn. Muy atractivo, con buena labia y mejores músculos, de los que solían llamar su atención. Pero desgraciadamente para él, demasiado simple entre sábanas. Salió de su apartamento en cuanto notó que dormía, calificándolo como «promesa incumplida».

Despacio, intentó incorporarse, no podía pasarse todo el día tratando de averiguar qué demonios le ocurría.

Una vez consiguió sentarse, pudo ver una mochila y un casco a sus pies. Quizá allí encontrara las respuestas que su mente le negaba.

El interior de la bolsa reveló una tarjeta de acceso a no sabía dónde con el nombre impreso de DOCTOR LARSSON, un juego de llaves, varios enseres que siempre llevaba consigo y un iPhone.

Cogió el casco entre las manos. Al levantarlo, un par de guantes cayeron produciendo un suave golpe sobre el metal. Intrigada, investigó uno de ellos y sus dedos toparon con otra llave.

«Un trabajo», se dijo mientras la observaba brillar sobre la palma de la mano. Todo aquel montaje tenía que deberse a ello. Reconocía el modo de proceder de su gente. Pero que el demonio se la llevara si recordaba el objetivo.

La pantalla del teléfono móvil se iluminó al sonar. Tres estridentes pitidos que arrancaron tres sonoros tacos de sus labios mientras se llevaba las manos a las sienes. Lo cogió con la intención de estamparlo contra el salpicadero del vehículo pero se contuvo. Un mensaje, un maldito mensaje automático. Pero ¿de ella misma?

De: Selenia II

Tranquila. Tardarás aún unas horas más en sentirte recuperada del todo, has pasado por una operación delicada. Este mensaje te lo has escrito antes de que todo empezara. Pero vamos a lo importante. Como ya habrás notado, esto va de trabajo. Pero no uno cualquiera. Las llaves son de un apartamento en Galam Stan. La moto es de alta cilindrada, una Ducati Superbike 1098 roja, aparcada justo al lado de la furgoneta. Objetivo: «foto de archivo adjunta». Esperar órdenes. Nombre en clave para la operación: Ragnarok.

Tocó levemente la pantalla para descargar el archivo. La fotografía mostraba el primer plano de un macho de cabello largo y dorado, sonrisa enigmática y ojos de un verde luminoso que la miraban directamente. Tenía todo el aspecto de un vikingo del siglo XXI. El tipo posaba para la foto con total naturalidad. ¿Quién demonios sería?

¿Qué más daba? En realidad no importaba lo más mínimo. Era un trabajo, un objetivo, seguiría las órdenes que recibiera y no haría más preguntas.

De todas formas, tenía que reconocer que era un bocado muy atractivo, de los que una vez probado, apetecía repetir hasta sentirse saciada por completo.

Guardó de nuevo el iPhone en la mochila, agarró el casco y salió al exterior. La Ducati estaba allí. La acarició suavemente; preciosa. Se enfundó los guantes y sujetó la melena antes de protegerse la cabeza, montar sobre ella e introducir la llave en el contacto. ¡Sí, vamos, nena! El motor rugía como una bestia enjaulada durante mucho tiempo. Sonrió. Metió la marcha y salió disparada del aparcamiento mientras se preguntaba si la sonrisa del macho sería de las que cumplía todo cuanto prometía.

Rebel se paseaba de un lado a otro de la habitación en la que se había citado con Fenrir. La operación Ragnarok ya había comenzado y sentía en su interior el cosquilleo de la anticipación frente a lo que estaba por venir.

Si alguien, el día en que aquella escoria, que ahora se hacía llamar Alfa de Inglaterra y sus acólitos le desterraron de su pa-

tria, le hubiera dicho que escasamente un año después podría vengarse, probablemente no lo habría creído. Pero afortunadamente para él, y lamentablemente para ellos, así era.

Gracias a la posición de poder que tuvo junto al anterior Alfa inglés, Wild, había tenido acceso ilimitado a mucha información interesante. Datos que en manos de cualquier otro, con menos experiencia en temas políticos y militares, no hubieran servido para nada. Pero él sí supo cómo hacer buen uso de ellos. Sobre todo para localizar a aquellos que le ofrecerían la oportunidad de hacer las cosas bien.

En el pasado confió en el proceder de aquel par de extraños Infectados, Romulus y Remus, pensando que serían la vía perfecta para conseguir sus objetivos. No lo hacían del todo mal, pero ahora sabía que los gemelos fueron simples aficionados comparados con Fenrir.

El Dominante controlaba la situación de una manera formidable. Estando situado entre la flor y nata del Consejo, podía mover hilos con los que otros sólo podían soñar.

Recordó el día en que al fin consiguió entrevistarse con él. El muy hijo de perra era listo y puso en su lugar para recibirle a otro licántropo de confianza, vestido con la túnica que solía usar, mientras él escuchaba toda la conversación protegido por un cristal que, por su lado, era un simple espejo decorado con un suntuoso marco dorado. Sólo cuando estuvo seguro de que iba en serio y expuso el trato, Fenrir reveló su escondite transformando el espejo en una transparente ventana.

Únicamente en el momento en que lo vio se llamó idiota mil veces, ¿cómo podía haber tomado al primero por un Dominante?

Pocos eran los afortunados que habían tenido delante a uno de ellos. Apenas pudo verle el rostro envuelto en sombras, pero sus ojos... ¡Por todos los infiernos! Sus ojos jamás podría olvidarlos. El poder que desprendía era patente en toda la sala. Se movía con la tranquilidad y la fluidez que otorga la completa seguridad. Le habló sin pronunciar palabra, mediante lo que podría llamarse una conexión mental, conviniendo las ventajas y los inconvenientes de su colaboración.

Desde entonces, varias veces habían vuelto a reunirse, siempre en la más absoluta clandestinidad.

La puerta se abrió y la figura de Fenrir, como siempre encapuchado, entró en la estancia llenándola con su increíble fuerza.

—«Buenas noches, mi señor» —Se dirigió a él mentalmente pues sabía que era la mejor forma de hacerlo.

—«Buenas noches, Rebel. ¿Te han recibido los míos como mereces?»

—«Desde luego, mi señor» —asintió levemente con la cabeza pero sin apartar los ojos de él aunque éste no lo mirara.

—«Me satisface saberlo. Hoy en día es imprescindible poder confiar plenamente en que tus subordinados cumplirán con su cometido tal como se espera de ellos.»

—«Estoy seguro de que ninguno de los que te sirven osarían contravenir una orden tuya.»

—«Te sorprendería saber con qué regularidad no lo harían si no fueran controlados debidamente» —Fenrir al fin le enfrentó—. «Y bien, ¿qué noticias me traes?»

—«La operación Ragnarok ha comenzado sin incidentes. El grupo destinado pronto contactará con la enviada para conseguir su total infiltración entre el enemigo.»

—«Magnífica noticia, Rebel. Infórmame de todo cuanto suceda para proceder a iniciar la segunda fase del plan.»

—«Por supuesto, mi señor.»

Varulf entró en el Latin Kiss, local del licántropo eslavo, quitándose la cazadora. Allí siempre hacía demasiado calor. Comprobó que todo estaba exactamente igual que la última vez. El mismo aire viciado, la misma decoración ajada y pasada de moda, incluso las prostitutas que, sentadas al fondo del local esperaban a la clientela, guardaban cierto parecido físico con las antiguas. La música de los Latin Kings sonaba a un volumen que permitía hablar pero que también impediría oír a quien no estuviera incluido en la conversación.

—Comenzaba a pensar que ya no vendrías, Ruotsi.

—¿Me echabas de menos? —Sí, también Davor seguía ofreciendo el mismo aspecto con aquellas camisetas hawaianas que acostumbraba a llevar. ¿No se suponía que los homosexuales sabían vestir? ¿O sólo era un mito?

—Es agradable volver a verte por aquí —respondió, sonriéndole coqueto, agitando las pestañas.

Los pómulos altos y la anchura facial del licántropo, característicos de su origen, dotaban al rostro de una apariencia demasiado ruda. Para compensarlo, se había dejado crecer una muy femenina y larga melena castaña con reflejos cobrizos, que ocultaba la cuadrada mandíbula. Los ojos azules se movieron inquietos mientras, cruzado de brazos, se apoyaba en la barra.

—¿Tienes lo que te pedí?

—Toma un trago mientras voy a buscarlo —dijo, abandonando su postura inicial y colocando frente a él un vaso y una botella de vodka.

Varulf le miró con una ceja arqueada:

—¿Crees que emborrachándome conseguirás algo?

—Nunca se sabe, querido. Nunca se sabe. —La respuesta le arrancó una sonrisa.

—Eres demasiado feo, hermano —dijo entre carcajadas mientras observaba cómo Davor desaparecía al final de la barra.

Miró el licor pero no hizo movimiento alguno para llenar el vaso. Cuando volvió a girarse para encarar el local prácticamente vacío, sus ojos se toparon con una mujer escasamente vestida, de rasgos latinos y mirada penetrante, que se pegó a su cuerpo, sobándose los pechos, ofreciéndoselos.

—Eh, guapo, ¿quieres pasar un buen rato? —preguntó fro-tando las caderas contra su sexo.

Varulf enseguida sintió los primeros síntomas de excitación.

—¿Cuánto?

—Si lo que se esconde bajo tus pantalones es real, te lo hago gratis.

—Te sorprenderías —respondió con la voz varios tonos más graves.

—¡Eh, zorra! —exclamó Davor, quien portando un voluminoso paquete en forma de arco, volvía del lugar al que se había marchado—. ¡Quita tus asquerosas manos de mi hombre!

La mujer se separó de él con desgana y clavó sus pupilas azules sobre el propietario:

—Que te jodan, cerdo —le insultó antes de volver a mirar al sueco.

—Quizá en otra ocasión —sonrió.

—Cuando quieras —contestó ella lanzándole un beso.

—Esas hijas de perra... —murmuró el dueño mirándola con verdadero odio. Varulf rio captando su atención de nuevo.

—Hacen su trabajo y..., lo hacen muy bien —añadió al sentir la potente erección apretándose contra la cremallera.

Cogió el paquete, sopesándolo. Bien, era ligero tal como esperaba. Sacó el precio pactado en metálico y lo dejó sobre el mostrador.

—¡Bah! Sólo son mujeres. Cuando me pruebes dejarás de pensar en ellas —aseguró atraído por el bulto de la entrepierna del sueco.

—Creo que ya lo hemos discutido Davor. Eso jamás pasará —dijo antes de encaminarse hacia la puerta.

—Lo sé, pero ya sabes lo que dicen, no sólo de pan vive el hombre.

—Tú eres lo menos parecido a uno, Davor. Pero sigue soñando. Sueña y deja de mirarme el culo.

En el exterior, el aire fresco consiguió reanimarlo. Los días eran mucho más largos y la luz del sol alcanzaba las horas nocturnas. Caminó despacio disfrutando al sentir el viento en el rostro. Aún faltaban algunas horas para que oscureciera y ya eran evidentes las muestras de trapicheos en las esquinas para aquel que estuviera atento o interesado en la mercancía.

Sentía el cuerpo tenso y entumecido. Demasiado tiempo sin actividad atrofiaba los músculos. Odiaba esa sensación. Quizá tendría que haber aceptado la oferta de la prostituta, una buena sesión de sexo le hubiera animado.

El aburrimiento era insoportable. Desde que dejara Londres, hacía casi un par de meses, recibía noticias de que su querido competidor estaba preparando algo, pero lo que fuera aún no se había dado a conocer. Quizá tuviera que tomar la iniciativa y atacar. De hecho, la idea cada vez le parecía más atractiva.

Debía reconocer que ese hijo de perra tenía una ligera idea de con quién estaba tratando.

Fenrir sabía de su pequeño inconveniente para leer las

mentes, sólo podía hacerlo cuando conocía el rostro del interesado y estando a cierta distancia. Siempre que había intentado buscar en la mente de alguien cercano a su contrincante, encontraba simplemente la imagen de un encapuchado y unos ojos encendidos, nada de rasgos faciales. El maldito Dominante se cuidaba de no ofrecer tal información a nadie.

En ese sentido estaba en desventaja. Pero algún día cometería un error. Sólo era cuestión de ser paciente.

El problema en sí radicaba en que la paciencia y él no se llevaban demasiado bien. El ejemplo perfecto fue la forma en que se cargó al enlace que utilizó el Consejo con el Infectado que pretendieron poner en el lugar de Amarok.

Se coló en su mente para tratar de absorber toda la información posible, accediendo a su memoria. No tuvo tiempo ni disposición para dialogar con él y conseguir traer sus recuerdos a un nivel de pensamiento más superficial para que la invasión no fuera tan agresiva.

Consiguió los datos, sí. Pero el muy flojo reventó en pocos minutos.

«Bueno», se encogió de hombros mentalmente, como Edison y sus fracasos tratando de inventar la bombilla, descubrió otra forma de matar sin usar las garras. Desde luego, la cabeza le resultó muy útil, sonrió travieso.

Lo mejor sería ir pensando en trazar un plan de acción, después de todo aquella misma tarde tenía una cita en Kulturhuset con el licántropo que le ayudaría a alcanzar su objetivo, según le habían informado sus contactos de confianza.

Ellos, una escasa minoría que apoyaba su causa, estaban demasiado involucrados en el Consejo como para realizar nada que llamara demasiado la atención y él tampoco deseaba ponerlos en peligro. Obligarles a hacer algo fuera de lo común sería como apuntarlos con el dedo. No deseaba levantar sospechas sobre sus cabezas, pues dejarían de estar en posición de ofrecerle una ayuda útil. Así que se limitaron a formar a un licántropo ajeno pero de confianza y diestro en estrategias.

Además, contaba con Davor, el consultor de datos perfecto, unas páginas amarillas con patas e información inusual. El licántropo se movía como pez en el agua en los ambientes más extraños y oscuros. Tenía buenos contactos en suburbios como

Rinkeby donde estaba su local y también en Alby, que conocían los pormenores de los negocios más retorcidos; por lo tanto, los que movían más dinero. Y lo más importante, esos conocidos suyos disponían de información sobre los licántropos bien situados que estaban relacionados con esos negocios, las víctimas más apetecibles para los extorsionadores y chantajistas.

Había aprendido hacía mucho tiempo a no volver la espalda a nada que más tarde pudiera servirle. El fin siempre justificaba los medios. Tal como estaban las cosas, habiendo conseguido llegar a aquel punto, no se permitiría dar un paso hacia atrás ni para coger impulso.

Había tenido que esperar demasiado y planear cada avance para poder ejecutar su plan: terminar con los parásitos que corroían un sistema que debería ser fuerte, siempre para beneficio de su raza. Ése era su destino desde que fue concebido.

Tuvo que emplear mucho tiempo en conocer a su adversario y su modo de trabajar. Razonar para poder hacerle frente, encontrando a aquellos que tuvieran el arrojo necesario para enfrentarse a él y toda la deshonrosa institución que había montado a su alrededor, capaz de cualquier cosa para seguir manipulando a todos a su antojo.

No todos los vejestorios que componían el órgano de gobierno estaban enterados de aquella especie de dictadura enmascarada. La mayoría llevaba calentando los bellos sillones, tapizados en rojo sangre, demasiado tiempo. Acomodados a un nivel de vida superior al normal, olvidando que detrás de aquel esplendor y riqueza que envolvía sus vidas existían muchos otros licántropos que cohabitaban con problemas diarios, cerrando los ojos a las batallas que seguían librándose en las calles contra los Infectados y otras formas de la misma calaña. No sólo eso, también habían olvidado lo que significaba el libre albedrío. Se dejaban llevar; aceptaban o derogaban leyes según la voz de unos pocos, sin tan siquiera pensar si era lo correcto o si estaban realizando la labor para la que fueron elegidos, sin preguntarse de quién o quiénes surgió la idea original del asunto que los reuniera. Se limitaban a dejarse arrastrar por el motor que más ruido hacía.

Odiaba a Fenrir, por muchos motivos, pero no cometería el error de subestimarle. Manejaba los hilos del poder con habili-

dad impecable, permaneciendo oculto, dejando que otros disfrutaran de la fama de ser renombrados licántropos de poder, siendo así la cara pública de lo que, en realidad, él disponía.

Pues bien, se encargaría personalmente de eliminar cada una de las sujeciones de esos hilos hasta hacer caer la telaraña y, con ella, al ruin monstruo que la habitaba.

Terminaría de una vez por todas con el imperio de aquel desgraciado Dominante, para poder levantar sobre él un lugar verdaderamente seguro donde regir la vida de los suyos. Así, podría ocupar el sitio que le correspondía por derecho, pero esta vez sin necesidad de permanecer en la sombra.

Lycaón, Atrox, Amarok y Anpu serían de gran ayuda. Se había encargado de colocar por el momento a dos de ellos en una buena posición como Alfas que eran. El problema del indio había sido mucho más complejo y peligroso pues Fenrir iba tras él personalmente. El único modo de mantenerlo con vida fue haciéndolo desaparecer.

Creía que el Dominante había agotado su cupo de retorcida creatividad para hacerse con el poder absoluto pero estaba equivocado. ¡Incluso intentó crear un Wendigo! Su error fue usar a Tooanthu: un Infectado al que obligó a pasar por el execrable rito de ingerir el corazón de un Original, obteniendo como resultado a un obsesivo monstruo caníbal de insaciable apetito.

Saber que Fenrir se había acercado tanto a los ritos prohibidos lograba erizarle la piel de la nuca. Por eso, mantener ocultos los manuscritos que Amarok poseía era de suma importancia, pues interesaban a su enemigo más de lo que pudo imaginar aquella noche en la que escapó antes de que todo comenzara.

En ellos, además de la profecía del advenimiento y designio, también se explicaba el procedimiento a seguir para acabar con su vida, usando el poder resultante en beneficio del asesino. Ese fue el motivo por el que, al principio, tuvo que robárselos al indio. Amarok, completamente en la inopia, podría haberlos cedido gustosamente sin darse cuenta del error que cometía.

Ahora el indio le debía un inmenso favor, su propia vida. Aunque por supuesto únicamente reclamaría su ayuda como nagual y la lealtad como compañero.

Cuando fueron creados los documentos que poseía el indio también nació otro manuscrito, cuyo conocimiento e información sólo él y su padre conocían a la perfección. Para mantenerlo a buen recaudo, lo llevaba consigo, fuera donde fuera. Hablaba sobre cómo cumplir la profecía, lo que terminaría con aquella batalla de voluntades entre el Dominante y él. Pero necesitaría la ayuda mágica de dos naguales: Amarok y Anpu.

A aquellas alturas, Amarok debía suponerlo, pues ya conocería su secreto mejor guardado y Anpu... A Anpu había tenido que explicárselo cara a cara.

Aún recordaba la expresión de incredulidad que mostró el egipcio antes de realizar una perfecta reverencia. Como no podía ser de otro modo, esa muestra de obediencia y respeto tan trasnochada le proporcionó un buen rato de jocosas bromas a costa de su persona, hasta que de nuevo su rostro cambió para adoptar un rictus de completo enfado. Sólo entonces pudo controlarse.

No es que tuviera ningún tipo de miedo al licántropo de pelo negro y rizado con aspecto de hombre eternamente joven, pero sin duda se había ganado a pulso el respeto de muchos, incluido el suyo. No era recomendable tontear con alguien como él. Por eso lo había elegido como protector de Koram. El pimplillo iba a necesitarlo e incluso, con un poco de suerte y si los dioses estaban de acuerdo, aprendería algo.

Caminó unos metros más por las calles menos recomendables del conflictivo barrio hasta el lugar donde había dejado la Hayabusa perfectamente asegurada para evitar el robo. Los humanos seguían con sus insignificantes y cortas vidas, ajenos a todo cuanto se refería a los licántropos.

En cierto modo, envidiaba su bendita ignorancia.

Capítulo dos

Aún con la mochila a cuestas, Selenia guardó las llaves de la moto en el bolsillo de su cazadora, palmeándola suavemente mientras sonreía, todavía inmersa en la satisfacción que le proporcionaba su conducción.

Estaba en plena carrera hacia Gamla Stand cuando sintió la vibración del iPhone indicándole la recepción de un nuevo mensaje. Detenerse para consultarlo había sido una buena idea, aunque en aquel momento, disfrutando de la velocidad y el poderoso motor de la Ducatti, se le antojó como la molesta interrupción de un vendedor llamando a la puerta en pleno encuentro sexual.

De: Ragnarok

Kulturhuset. BarCelona. 20:00 hora local. Objetivo: Contactar con el sujeto. Infiltrarse.

Ni siquiera el haber pensado en el color rojo de las letras que anunciaban la esencia de la impresionante construcción, lograba destacar demasiado, a menos que estuvieran encendidas. Algo que no sucedería hasta que la oscuridad fuera patente. En pleno mes de mayo, a aquella hora aún era de día. El verano se acercaba raudo.

Eso era bueno.

Llevaba ya mucho tiempo en Suecia pero de ninguna forma podía acostumbrarse a su ambiente de frío y oscuridad casi

eternos en los meses de invierno. Sólo durante el verano el sol se apiadaba de ellos y concedía su presencia y su calor. Aún recordaba con añoranza la calidez de su tierra natal. En Sicilia todo era diferente. En realidad era prácticamente al revés, allí el frío apenas duraba un par de meses y nunca con aquellas odiosas temperaturas bajo cero.

De pronto imágenes que no supo situar asaltaron su mente, como los recuerdos de una extraña que se entremezclaron con las propias. Rostros de machos que no conocía le sonreían amistosamente. ¿Cuándo ocurrió eso? El dolor de cabeza amenazaba con volver.

Respiró profundamente un par de veces.

¿Qué consintió que le hicieran? Le habían jodido la cabeza. ¿Cómo lo había permitido?

Pero lo hizo. Eso sí pudo recordarlo con claridad.

Órdenes, siempre eran órdenes. Y nunca había desobedecido una sola. La seguridad de que aquélla sería la última vez la tentó y pasó por la prueba. Pero ¿qué le ofrecieron exactamente? Por más que intentaba recordarlo, no podía saberlo.

Tenía que concentrarse, la operación ya estaba en marcha. No era posible permitir que nada alcanzara la importancia necesaria como para pensar en otros problemas.

Pasaría por aquello, triunfante, como siempre. Sin dudar de su capacidad.

«¡Seguridad! Eso es lo que siempre pides a tus soldados. Un soldado inseguro, es un soldado muerto.»

Dejando el alto monolito de cristal, que se erguía en medio de la plaza Sergels, a su espalda, entró en el vestíbulo y rápidamente barrió toda la estancia con la mirada tratando de localizar algún cartel que le indicara donde encontrar ese BarCelona.

En el negro y pulido mostrador de información se anunciaban los próximos eventos de música, cine y literatura que se organizaban continuamente para entretenimiento y regocijo de todo aquel que pagara el precio de la entrada.

Un grupo de jóvenes pasó a su lado en dirección a la salida, comentando animados la espléndida biblioteca de cómics del lugar. Un par de ellos, los que quizá contaran con más edad, ralentizaron el ritmo y la miraron embobados, sin duda imaginando escenas en las que ella prefirió no pensar.

Selenia miró a ambos lados, el resto de los presentes parecían estar pendientes de sus propios intereses y, encogiéndose de hombros, aprovechó el momento y se acercó a los dos soñadores.

—¿Podéis ayudarme? Estoy buscando un lugar llamado BarCelona.

—Es un bar de tapas —gritó uno de los que había permanecido en el grupo más grande y que esperaba junto a la puerta a que los otros dos les siguieran.

—¿Tienes hambre, guapa? —le preguntó el que no despe-gaba los ojos de su escote mientras se relamía los labios.

—Estoy famélica —dijo algo enfadada mientras notaba un tufillo a alcohol que emanaba de la boca del jovenzuelo.

—Te invito a cenar, luego podemos ir a mi casa y... ya sabes...

Selenia sintió como el enfado se apoderaba de ella irremediabilmente, ¿acaso los jovencitos de hoy en día no tenían educación?

—¡Oh! Muy amable por tu parte pero ¿ya te deja tu padre llevar tanto dinero encima? Perdóname pero no tengo por costumbre comer con alguien que no puede decirme de qué color tengo los ojos —contestó mientras con la punta de los dedos le levantaba el mentón.

—¡Eso es fácil! —atacó el compañero mientras el otro, libre de nuevo para poder bajar la vista, volvía a mirarle los pechos—. Son negros.

—¡Premio para el pequeño y avisado mozalbete! —Quizá necesitaran una buena lección y ya puestos a demostrar malos modales ella también sabía hacerlo—. Bueno, decidme lo que quiero saber y... después, prometo... enseñaros algo más —añadió mientras echaba los hombros hacia atrás para abrir un poco más la camisa.

Los chicos, extasiados, abrieron los ojos desmesuradamente y hubiera jurado que a uno de ellos se le desencajó la mandíbula al momento. Hablaron atropelladamente acerca del bar español que se encontraba en aquella misma planta, incluso le indicaron cuáles eran los bocados más suculentos.

Volvió a colocarse bien la ropa, asegurándose de no mostrar ni una sola porción de piel que pudieran encontrar lasciva y se aclaró la garganta.

—Muy amables —dijo mientras comenzaba a retirarse.

—¿Qué hay de lo prometido? —preguntó el más grosero.

—¿Qué más vas a enseñar? —preguntó otro.

Selenia sonrió sin humor mientras se llevaba una mano hasta los labios, aplicó un beso en su propio dedo corazón y lo alzó frente a ellos.

—¿Lo veis bien desde aquí o preferís que os lo meta en un ojo?

Los dos chicos se marcharon mascando insultos mientras el resto de su grupo, que no se había perdido ni un ápice de la conversación, se reía a su costa y bromeaban entre ellos.

Con las indicaciones recibidas encontró el lugar sin problemas. Un cartel con un toro y un torero brindando con una jarra de cerveza le dio la bienvenida.

Oteó la sala buscando el rostro de la foto sin encontrarla. Echó un vistazo a su reloj, había llegado pronto, aún no eran las nueve de la noche.

Eligió un lugar en la barra, no demasiado visible para los que entraban, pero desde el que poder vigilar el ir y venir de clientes, sin problemas. Ordenó agua mineral y bebió un poco mientras esperaba.

Varulf entró en el iluminado local. Las cuadradas y oscuras mesas de madera estaban repletas de comensales que conversaban animadamente en un ambiente ameno y distendido, que invitaba a pasar un rato de esparcimiento antes de retirarse al hogar. El olor de la comida colocada en los expositores llegó hasta su nariz consiguiendo arrancarle algún que otro gruñido al estómago.

Ignorando por completo a dos licántropos que había dejado justo a su espalda pero sin dejar de vigilarlos desde la misma puerta —adoptando el comportamiento del que busca con la mirada a alguien conocido—, aprovechó para revisar varias mentes de las presentes al azar, preguntándose cómo sería aquel con el que debía encontrarse.

Por precaución, acordaron que no tendría ni una sola pista de su físico, después de todo «a él no le iba a hacer falta», dijeron.

Cerca, una mujer solitaria lo miraba ensimismada. Interesado, se coló en su cabeza sin ser invitado y quedó gratamente sorprendido al encontrar una vívida imagen de lo que no podía ser más que una fantasía sexual con su persona de protagonista. Divertido e impresionado por la sensualidad que desprendía la sencilla mujer en su imaginación, le guiñó un ojo consiguiendo sonrojarla. Pero pronto el rostro femenino cambió al fastidio cuando otra hembra se interpuso entre ellos.

Varulf no pudo menos que clavar los ojos en la alta y bella figura que se paró frente a él con evidente muestra de sorpresa.

—Soy Selenia, tu contacto —dijo sin titubeos.

El pelo, negro y ondulado, caía a ambos lados de un rostro creado por artistas, hasta perderse tras la espalda. Dos enormes ojos del color del carbón, bajo unas cejas exquisitamente delineadas, presentaban una pequeña y perfecta nariz. Los labios, no demasiado grandes pero sí jugosos en el punto exacto, se entreabrieron mostrando la tentadora humedad del interior mientras esperaba a que él le dirigiera la palabra. Y su figura... tenía la mezcla exacta de curvas y músculos.

Hasta el entrenado olfato del macho llegó el aroma inconfundible de la Pura.

Varulf sonrió, alzando los ojos al cielo a pesar de la sorpresa inicial, cuando debería haber experimentado fastidio. ¿En qué estaban pensando los suyos al elegirla? Si esperaban que no la tocara es que no le conocían lo más mínimo.

—Estoy más que encantado de conocerte Selenia —respondió interpretando su papel, mientras comprobaba cómo su miembro se endurecía por segunda vez en un par de horas.

—¿Te parece que nos sentemos para charlar? —Su mano mostró el camino a seguir hasta un lugar en la barra.

—Se me ocurren cosas más interesantes que hacer contigo, pero sí, supongo que por el momento charlar estará bien.

Ella ni pestañeó ante aquella evidente falta de tacto y que el demonio se lo llevara si no apreció precisamente la inexistencia de ese gesto.

—¿Siempre eres tan directo?

—Sí, ¿algún problema?

—Ninguno. Nunca me gustó dar rodeos. Es evidente que el camino más corto para llegar a cualquier sitio es la línea recta.

—Indiscutiblemente —convino mientras le ofrecía que lo precediera.

La lengua de Varulf asomó insolente entre los labios, relamiéndose, mientras se recreaba en el vaivén de las caderas de Selenia. Ella se acomodó de nuevo en el lugar que había escogido cuando llegó y Varulf se sentó enfrente.

—¿Quieres tomar algo? —La mano femenina rodeó la botella de agua mineral para acercarla y beber, mientras el camarero esperaba el pedido.

—Creo que ya imaginas la respuesta.

—Nunca me ha interesado tener público.

Varulf rio a su pesar:

—Una jarra de cerveza estará bien —pidió en dirección al camarero que parecía estar pasándolo en grande escuchando la conversación.

—Que esté bien fría —apuntó ella—. Creo que lo necesitas —añadió ante la ceja arqueada del sueco; una mirada bastó para evidenciar el abultamiento en sus pantalones.

—Muy observadora. —La sonrisa con la que acompañó las palabras podría haber derretido un iceberg.

Una vez se hubo refrescado la garganta, Selenia volvió al ataque.

—¿No vas a preguntarme nada?

—¿Debo hacerlo?

—¿Cómo si no vas a saber que soy quien digo ser?

—Tengo otros métodos. —La imagen de su propio rostro impreso en el cerebro femenino y la necesidad imperiosa de hablar con él habían bastado por el momento—. No te han hablado mucho de mí, ¿verdad?

—Supongo que no era necesario. Me dieron esta foto —dijo mostrando el iPhone con el archivo abierto.

Varulf recordó el momento exacto en que había sido hecha y sonrió. Eso explicaba el porqué ella tenía en mente la imagen que detectó. Era lógico, estaba buscándolo.

—Entonces, no sabes nada, ni quién soy, ni qué quiero... —evidenció—. Ni siquiera si el motivo por el que estás aquí es lícito.

—Me han ordenado ayudarte en lo que necesites.

—Tentador... —murmuró entre dientes sin que aquella

sonrisa burlona desapareciera de su rostro—. Pero imagina por un momento que lo que debes llevar a cabo va en contra de tus principios. De todo aquello en lo que crees. ¿Qué harías entonces? —la probó.

Esto sí que pilló por sorpresa a Selenia. Aunque evidentemente, teniendo en cuenta el motivo real por el que se encontraba allí, supuso que era muy lógico que se planteara esa cuestión.

«Piensa. Piensa. Rápido.» ¿Qué respuesta esperaba recibir él? Si se mostraba escandalizada, podría decidir que no le servía para sus propósitos, y si por el contrario aceptaba el hecho sin más, podría ser que pensara que sólo era una autómatas que recibía órdenes y las ejecutaba sin pensar por sí misma.

—Supongo que tendría que conocer las circunstancias que originaran esa acción para poder valorar.

—Realmente estás en la completa inopia —sentenció divertido.

—Bueno..., tú podrías poner remedio a eso explicándome lo que debo saber.

—Claro y lo haré, pero primero salgamos de aquí. —Aquello prometía ser divertido.

Selenia notó un casi imperceptible movimiento en las verdes pupilas de su acompañante.

En la entrada del local dos tipos se paseaban y charlaban como decidiendo si entrar o no. Para cualquier otro podrían haber pasado desapercibidos, sólo un par de colegas que trataban de acordar en qué lugar tomar un bocado.

—¿Te han seguido? —preguntó ella sin inmutarse.

—No a mí. Esos tipos ya estaban por aquí cuando llegué.

Selenia experimentó cierto malestar consigo misma pero lo escondió diestramente para que Varulf no notara nada. ¿Cómo no se dio cuenta? Trató de recordar los rostros de aquellos que había registrado al llegar. Esos tipos ya estaban allí antes de que ella hiciera su aparición.

—También cuando lo hice yo —señaló algo más satisfecha, al menos no había perdido toda su capacidad.

—Entonces es que conocían el lugar donde nos encontraríamos. Se han limitado a esperar. —Varulf volvió a mirarla, esta vez con los ojos algo entrecerrados.

—No creerás que tengo algo que ver, ¿verdad?

Pensó en una forma de representar lo que debía sin alar-marla, pero no encontró ninguna forma lo suficientemente buena para que ella no sospechara nada. Concluyó que lo mejor sería actuar como solía hacerlo siempre.

Penetró en su mente sin miramiento alguno:

—¿Quién te envía? —preguntó para que la información acudiera a su cerebro.

Selenia sintió la inmediata invasión como un tremendo *shock*, una tromba de energía que entró en ella abrasándola por dentro.

Varulf esperó un segundo. Nada. Todo seguía en negro profundo. Ni un sólo pensamiento llegó para responder a su pregunta.

—«¡Vamos! ¿Quién te ha enviado?» —preguntó de nuevo y el tono de su voz retumbando en su cabeza consiguió erizar la piel de la hembra, infundiéndole temor sin necesidad de tocarla.

La potencia de la fuerza que estaba empleando consiguió que se tambaleara en el asiento, perdiendo el equilibrio, sintiéndose mareada e incluso débil. El dolor volvió a traspasarla de lado a lado con intensidad, produciendo mucha presión que sintió justo detrás de los globos oculares. Sentía la cabeza como demasiado llena; como si dos enormes entes ocuparan un espacio muy reducido. Apretados, mientras uno de ellos se revolvía agitado, poniendo todo su mundo del revés.

—¿Qué... diablos me... estás... haciendo? —dijo cerrando los ojos y llevándose las manos a las sienes para aplacar el dolor en vano.

La estaba forzando demasiado, lo sabía. Pero si habían descubierto el propósito de Selenia, podrían estar utilizándola en su contra. Vio como la Pura apretaba los puños hasta que la piel perdía el color.

De pronto algo se abrió a él. Como de una grieta en una presa la información comenzó a surgir, primero poco a poco pero fluida para después brotar sin medida.

Obtuvo todo cuanto necesitó, la imagen de los miembros aliados surgió tal como esperaba y, aunque no contaba con ello, una especie de descanso se afianzó dentro de él.

—Vámonos.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Debemos irnos. Hemos llamado demasiado la atención de esos dos.

—No creo que pueda moverme, estoy... mareada.

Varulf volvió a meterse dentro de ella, calmando su dolor, devolviéndole la fuerza, atenuando el padecimiento hasta un nivel soportable. Sabía que la había presionado demasiado.

—Vamos —ordenó, tomándola del brazo para ayudarla, cuando percibió de nuevo el brillo en sus ojos.

El aire fresco de la calle calmó la quemazón que parecía persistir en algún punto tras los ojos. Selenia respiró profundamente.

—Ya estás mejor.

—¡A ti qué demonios te importa! —exclamó ella insólitamente enfadada. ¿Acaso no la había ayudado? —¿Qué mierda le has hecho a mi cabeza? ¡Bárbaro! —Su mirada chispeaba y el ceño fruncido le pareció increíblemente atractivo.

—No es momento para hablar de eso —dijo indicándole con un ademán que sus perseguidores se habían puesto en movimiento—. Ven, nos desharemos de ellos.

—¡Oh! ¡Estupendo!

—No grites.

—Podrías joderles la cabeza y hacer que su masa gris les saliera por las orejas —murmuró aún iracunda.

—Sí. Podría hacerlo —respondió encogiéndose de hombros.

Selenia le miró con los ojos muy abiertos. Ahora empezaba a comprender. «¡Mierda!», exclamó para sí misma, tanto secretismo no podía ser por otra cosa. Estaba ante un maldito Dominante.

Tenía que ser eso. Su forma de actuar, la grosera altanería, la seguridad en sus afirmaciones, el modo en que flirteaba con ella desde el principio, todo apuntaba a que no se equivocaba en su deducción. Y evidentemente estaba el hecho de que era capaz de leer su mente.

Siendo una Pura, con el poder que tenía, muchas veces se había preguntado acerca de cómo se sentiría junto a alguien más poderoso. Ahora lo sabía. Y ese conocimiento, no era precisamente alentador.

Varulf arrastró a Selenia hacia la zona subterránea de la plaza y en dirección a lugares menos iluminados. La hembra no tardaba demasiado en recuperarse del asalto bestial al que la había sometido y aplaudió mentalmente su fortaleza.

—Tengo mi transporte aparcado allí —señaló.

—Primero debemos deshacernos de esos dos. Nuestros nuevos amigos son muy persistentes y estoy seguro de que también disponen de algún medio con ruedas para seguirnos.

Selenia tiró de su brazo para recuperarlo, salvándolo de la presión que la mano de Varulf ejercía sobre sus músculos.

—Puedo hacerlo sola.

—Mucho mejor. Comenzaba a cansarme de realizar el trabajo de un remolque —dijo avanzando y asegurándose que ella lo seguía.

—Lo siento, machote —respondió hiriente—, pero esto ha sido por tu culpa. ¿Qué me has hecho?

—Buscar en tu cabeza lo que necesitaba para asegurarme de que eras quien decías ser —improvisó.

—Hubiera bastado con que lo preguntaras. No era necesario colarte sin ser invitado.

Al fin llegaron al lugar que Varulf buscaba y agarrando de nuevo el brazo de Selenia, cambió de dirección bruscamente, refugiándose tras un grueso muro que proyectaba la profunda sombra necesaria para acabar aquella persecución de idiotas.

Sujetó el cuerpo de la hembra contra sí. Su calor, de nuevo despertó en él la necesidad atroz de unirse a ella. ¡Y su olor! Por el infierno que ningún otro ser podía oler como una Pura. Era un aroma que penetraba en los sentidos intensificándolos, consiguiendo que cualquier movimiento, cualquier caricia, incluso un leve roce que ella ofreciera, no pasara desapercibido a los apetitos de un macho. Sentir las curvas del trasero femenino pegado a su sexo casi le volvió loco.

—Hago lo que tengo que hacer —susurró junto a su oreja, mordiéndose la lengua para no lamerla.

Ella notó la creciente excitación de Varulf y, despacio, se movió entre sus brazos. Levantó una mano para acariciarle el rubio cabello, lentamente, mientras le dedicaba una sensual sonrisa. Varulf dejó escapar el aliento, absorto en aquellos labios invitadores y, demasiado tarde, advirtió cómo las pupilas

de la Pura cambiaban del hermoso marrón a un brillante tono rojizo a la vez que la caricia se convertía en un fuerte tirón que le obligó a elevar el rostro y una de sus garras rodeaba con fuerza la parte de su cuerpo que palpitaba de deseo.

—La próxima vez que intentes invadir mi cabeza de esa forma, yo aplicaré la misma presión a otra parte de tu anatomía —susurró del mismo modo—. ¿Está claro?

A Selenia le hubiera gustado oír su respuesta pero los perseguidores parecían no pensar del mismo modo, así que, maldiciendo por dentro, se dio la vuelta con rapidez para hacerse cargo de uno de ellos, mientras el sueco se encaraba con su compañero.

Para Varulf, terminar con el licántropo que lo atacaba era pan comido, pero retrasó el momento, limitándose a rechazar los intentos por reducirlo, para poder admirar la destreza con la que se desenvolvía Selenia.

Esa hembra era espectacular, no sólo físicamente. Podía ver que disfrutaba con el enfrentamiento del mismo modo en que él lo hacía. Controló su transformación al nivel necesario, lo justo para poder gozar de la fuerza y el poder de sus garras, así como de la velocidad del animal. Su contrincante intentó varias tretas que ella supo bloquear con destreza, usándolas en su beneficio, jugó con él hasta que decidió que era suficiente y, con un bello y perfectamente ejecutado movimiento, terminó con la vida del desdichado para sorpresa de éste.

—¿Qué haces, vikingo? —preguntó al ver que Varulf arrastraba el cuerpo inerte del otro para colocarlo sobre el que ella había matado.

—Mejor un solo foganazo que dos. ¿No te parece?

—¿Te quedaste anclado en la época de los saqueos y las incursiones a caballo? —preguntó poniendo los ojos en blanco—. Déjame hacer a mí.

Selenia rebuscó un segundo en su mochila y extrajo un pequeño bote del que vertió algo de líquido sobre los cuerpos. Al instante, éstos empezaron a descomponerse con rapidez, desprendiendo un olor apestoso.

—¿Qué mierda es ésa? —preguntó Varulf tapándose la nariz asqueado.

—Un corrosivo muy potente. Es menos llamativo que una fogata y sólo dejará de ellos una mancha negruzca.

—Está bien, vámonos. Dijiste que tenías tu transporte cerca, ¿no es así?

—Sí, allí mismo —señaló.

—De acuerdo, me llevarás hasta mi moto y te acompañaré.

—¿Y si no deseo ser acompañada?

—Me importa un comino lo que desees —respondió guiñándole un ojo.

—Eso no es lo que me ha parecido cuando casi tienes un orgasmo sólo con estar cerca de mí. —Valruf no pudo menos que reír—. Aún no me has dicho tu nombre, vikingo.

—Muchos me llaman Sueco, pero te lo diré para que puedas gritarlo cuando te posea: Varulf.